



SOBRE EL CONTEXTO POLITICO DE LAS ELECCIONES DEL 28 DE MAYO

Amelia VALCARCEL

Desde las Generales del año 93, cada convocatoria electoral ha supuesto para el partido socialista una tensión más a añadir al enrarecido clima externo en que se ve obligado a desarrollar su acción. Terminados hasta más allá de lo razonable los guiños y adulaciones que marcaron la primera década de gobierno, el partido socialista vive una sensación constante de acoso que dificulta tanto el análisis como la capacidad de reacción rápida.

Cada convocatoria electoral se transforma en un pulso en solitario que se va haciendo doloroso a medida que la fecha se acerca y que, cuando se resuelve, deja tras sí la doble sensación de agotamiento y relativo alivio. Así fue en el primero de estas características, el del año 93, y así ha sido en el 28 M del 95.

«Enrarecido» es un término suave para referirse al clima político en el cual los socialistas han de actuar, ya en el partido ya en las instituciones. Lo malo de la paranoia es la manía persecutoria, y lo peor de todo es que encima te persigan. Cuando ratificamos tras cada convocatoria electoral que quienes nos persiguen no han logrado disuadir a quienes

nos siguen, tenemos un alivio momentáneo que no debe hacernos perder de vista el grave cambio de situación global.

Podemos estar seguros de ser la fuerza hegemónica de la izquierda, pero está claro que no tenemos detrás ya a la mayoría social con que se contó en la década de los ochenta. Y podemos estar seguros también de que esa pérdida de liderazgo de la mayoría poco tiene que ver con desaciertos en el gobierno y la gestión (si bien hay errores innegables que es bueno reconocer), porque estos últimos años para nada se han apartado, sino que han desarrollado, consolidado, afinado y mejorado la labor de gobierno. A algunos incluso les deja perplejos el que, reconociendo la mayoría de los ciudadanos esto, cuando responden a una encuesta pormenorizada, ese reconocimiento no se convierta en apoyo. Y en este contexto surge la apelación al cambio de mayoría social y a la metáfora de la ola.

En las últimas elecciones a ayuntamientos y comunidades autónomas se han llegado a veces a sentir los arrecifes que intentan oponerse a una masa burbujeante de opinión adversa cuyos componentes son difíciles de separar. «Cansancio», «caras nuevas», «relevo generacional», «campañas»... lo que ello fuere, así apresuradamente nombrado por tantos, deja como resultado las pérdidas habidas en los grandes municipios y la salida del gobierno de la mayoría de las comunidades autónomas. Sin embargo, del voto puede decirse que se ha mantenido. Pero es obvio que ha sido sobrepasado por un voto distinto. Los problemas de análisis comienzan al intentar establecer la etiología de esa mayoría en formación.

***Una vez consolidada,
la clase media suele cambiar
su tendencia política y convertirse en
electorado de derecha.***

Caminos ya transitados

Una socialdemocracia muere de éxito, mientras que la derecha lo hace de fracaso. El objetivo confesado de la socialdemocracia es el reparto según patrones de equidad de los recursos disponibles por medio de apoyos individualizados y del espesamiento de los servicios públicos, estos últimos según criterio de compensación interterritorial. Aplicando tales políticas sabemos lo que ocurre: se logra hacer emerger una amplia clase media formada por los gestores, el sector servicios, la mediana industria y el pequeño comercio. Las oportunidades educativas la refuerzan. Ahora bien, una vez consolidada, esta clase media suele cambiar su tendencia política y convertirse en electorado de opciones de derecha. Tal dinámica se ha mostrado casi mecánica en las democracias consolidadas.

La apelación de la derecha a esa nueva clase de disfrutantes de renta se ejerce normalmente por dos polos: uno, la promesa de rebajar impuestos, que se atiende de puertas afuera a la noción de eficacia e interiormente a la menos presentable de insolidaridad. Es decir, el mensaje explícito es que se despilfarran dineros públicos atendiendo a sectores obsoletos o perezosos. Rebajar impuestos es atenderse a uno mismo. Si en la general mejora alguien no ha subido es porque no sabe ni vale, no hay razón para hiperprotegerlo. El otro sector al que el mensaje de la derecha se dirige es la juventud de todos los segmentos sociales tratada como un todo, mediante el recurso de halagar su vanidad y ambición: se la presenta como una fuerza de futuro inatendida por viejos que sólo se preocupan de sí mismos y taponada en su ascenso por estamentos empeñados en mantener su poder biológicamente declinante. Con este par de apelaciones suele ser suficiente para que el nuevo votante medio de derechas aparezca y forme masa con el recalcitrante que ya existe. Evidentemente, la situación se agrava si son posibles apelaciones implícitas a la xenofobia, lo

Es inadecuado querer llevar a parámetros objetivos, externos, macro, los disensos de las voluntades individuales.

que ocurre en democracias sólidas de amplia vida económica con fuerte inmigración igual o superior al 15% del conjunto social.

La derecha entonces siempre promete lo mismo: por su mero gobierno se desatarán las fuerzas productivas, y sin mecanismos falsos de protección se producirá la merecida subida de nivel para aquéllos que deseen realmente ejercer sus talentos en una lucha por la vida cómoda y optimista. Desgraciadamente esto no ocurre. Sí que llegan a desmontarse algunos sistemas protectores, pero ni deja de espesarse la capa funcionarial ni los gastos públicos decrecen, simplemente se gastan de otra manera, relativamente, en márgenes que no afecten a macroinstituciones. Sin embargo la distancia social sí que aumenta, con lo que el descontento la suele acompañar. Y, por su parte, la lucha por la vida convertida en empresa suele dar como resultado agregados demasiado frágiles, con lo que el mercado laboral y de consumo se deteriora. Cuando el fracaso es patente, se forma un nuevo electorado socialdemócrata.

Esto no es exactamente un vaivén, más bien se parece a una espiral porque en ella, necesariamente, tanto los recursos monetarios como los legislativos y los retóricos se van afinando. Las líneas básicas de referencia, por el contrario, se mantienen iguales.

Es corriente la apelación, mientras estas cosas se suceden según su orden casi inevitable, al cambio de caras, de argumentos, de políticas. Rara vez tienen estos discursos más élites gestoras. La masa social de pensamien-

to apenas varía porque es sobradamente inerte. Pero en tales apelaciones late un fondo absolutamente humano: la voluntad que obra quiere reconocer lo que sucede como producto de su acción y no soporta verse poco menos que entregada a vaivenes sobre los que no tenga forma conocida de actuar.

Emic y Ethic

Nietzsche afirmaba la superstición de la culpa como uno de los rasgos humanos sobresalientes. Parece que no nos conformamos con conocer las causas o, lo que es cognitivamente peor, nos desinteresan bastante las causas si no pueden ser transformadas apelativamente en culpas. En nada, desde un análisis externo (lo que suele llamarse perspectiva *ethic*) nos estamos apartando del camino transitado por las socialdemocracias exitosas (si bien cada cultura democrática presenta rasgos peculiares según su espesor; probablemente los sones que acompañan aquí el fenómeno son algo más broncos que los alemanes o británicos), sino que parece estar ocurriendo algo similar en España a lo ya conocido en democracias muy sólidas.

Y, sin embargo, se nos hace difícil reconocerlo, celosos de mirar por el registro *emic*, aquél por el que un grupo se describe a sí mismo. El registro *emic* es más inmediato y en parte más sencillo. Y, para según qué casos, adecuado. Da más impresión de autocontrol. Pero en el registro *emic* las causas se convierten casi inevitablemente en culpas sin que, con todo, la capacidad de análisis o conocimiento de la realidad aumente. La aparición del atribuir causas-culpas (atribución de causalidad moral) dentro de las propias filas es casi inevitable y a menudo errónea. Ciertamente que actitudes, decisiones, omisiones y sucesos pueden contribuir al descrédito de una fuerza política, pero su potencia para hacerlo depende también de las circunstancias del clima externo. Serán en ocasiones difíciles magnificadas y en tiempos de bonanza pasadas por

alto cuando no cínicamente toleradas. En el justo medio, la responsabilidad individual, por alta que se busque, no explica un proceso macrosocial. Como tampoco lo hace la responsabilidad colectiva. La atribución de causalidad individual es adecuada para procesos en los que la voluntad individual es operativa y la cadena causal finita.

Sin embargo este tipo de explicaciones, que proceden dando graves saltos cognitivos, son mecanismos de análisis espontáneos que raramente ocultan su visceralidad y vienen promovidos por la misma cercanía a los hechos que pretenden aclarar. Para un observador lejano o neutral carecen de capacidad analítica: son explicaciones que no comparte ni entiende. Si se hacen reiterativas, lo único que ese observador comienza a entender es la verdad de la sentencia «todo reino que lucha contra sí mismo está destinado a perecer». Y, llegado a este punto, pone entre paréntesis la confianza que le ofrezca un grupo humano que, desde fuera, aparenta obstinarse en querellas intransitivas.

Opino que una fuerza política de la magnitud del PSOE no puede permitirse el lujo de no ser objetiva y de no hacer acopio de experiencia propia y ajena. Nada o casi nada diferencia el proceso de retracción y pérdida de mayoría que sufre el partido socialista de las sufridas por sus partidos afines en países homólogos. Obstinarse en pasar de puntillas sobre un proceso de larga duración como éste implica una severa pérdida de sentido de la realidad. O, aún peor, supone introyectar análisis casuales, que no causales, en términos de imputabilidad propios del «Tú fuiste, tú» del mitineo fundamentalista carpetovetónico, que tienen la doble condición de sernos ajenos e instrumentales. Basta con padecerlos, pero no hay por qué creerlos.

La explicación del cambio de mayoría que parece avanzar ha de ser externa, comparativa y objetiva, con independencia de que, en efecto, sea legítimo el uso del registro interno-

***Una sociedad
que aumenta sensiblemente
su nivel educativo
aumenta su tasa residual
de ambición.***

emic para asuntos puntuales. Cada explicación es correcta si devela lo que en su nivel es relevante. Y las conexiones entre ambas han de sopesarse con cuidado.

Del mismo modo es igualmente inadecuado querer llevar a parámetros objetivos, externos, macro, los disensos de las voluntades individuales en muchos casos. No basta con aprender la somera y sorprendente retórica del «no personalizar» para acceder a la pura objetividad. Es más bien una argucia de principiante indigna de cualquiera que se sabe dueño y responsable de su capacidad de acción. Cuando dos voluntades se oponen la seriedad exige de ellas que se atrevan a decir «Tú» y «Yo», y que no intenten parapetarse tras aparentes argumentos despersonalizados.

El paisaje emergente

La ola que se dibuja en el próximo horizonte se conecta con una situación objetiva de mejora, producto de una gestión correcta en las ideas y eficaz en los resultados. Es sin embargo ella misma un gran conglomerado pasional. Está directamente conectada en la población joven con el avance educativo experimentado en los últimos años. La izquierda, dadas sus raíces ilustradas y regeneracionistas, suele tener una desmedida confianza en la educación como motor de progreso no sólo social sino también moral. Por lo mismo, no suele querer ver que uno de los posibles resultados de la acumulación de «capital cultural» es la cólera por deflación de expectativas. Los individuos

no suelen concebir como fin primordial de su educación su mejora moral y su ejercicio más discreto y diestro de la ciudadanía, sino que poseen la expectativa razonable de sacarle partido al asunto en forma de progreso individual, «como todo el mundo», «como se ha hecho siempre».

Una sociedad que aumenta sensiblemente su nivel educativo aumenta su tasa residencial de ambición, y si las condiciones de competitividad, dado los grandes números, son muy duras, aumenta su riesgo de no cubrir las expectativas que ha generado. Quien no se cree con derecho a algo quizás sea agradecido si lo obtiene, pero aquél que esperaba una sensible mejora puede ser implacable si la ve peligrar. Buscará una causa, es decir una culpa. Hasta que esta situación no adquiera homeóstasis suficiente, la deflación de expectativas se seguirá produciendo y por lo tanto podemos esperar que esas expectativas contrariadas, incumplidas, se depositen bajo forma de cheque en blanco político a quien prometa o dé la impresión de prometer colmarlas. Si eso se estuviera produciendo en España, y hay bastantes indicios de que bien pudiera ser así, deberíamos explicar la falta de adhesión del voto juvenil mediante razones que tuvieran que ver con ello y no con las simplezas a que en ocasiones se atribuye: pérdida de ilusiones morales, desencanto, pasotismo, y otros estados de ánimo igualmente flojos, incapaces de transformarse en pasiones. Y si la cólera de que hablo tuviera tinte generacional, deberíamos comenzar a pensar que no cederá hasta que pase un buen tiempo: hasta que no se reacome con los conocimientos de límites de la vida adulta y el consiguiente reconocimiento de inanidad. Sólo tras varios intentos de apoyar lo mismo y no habiendo logrado particulares ventajas individuales, el sujeto está dispuesto a creer que después de todo no había culpa. Mientras esto no suceda, la ambición herida que no tenga canal por las redes formales ni informales se desahogará validándose como cólera moral frente a la corrupción y al tapón, que será como llame a

la instancia pública que ocupe el poder. Ese es fundamentalmente el voto que está cambiando la mayoría y lo será durante algún tiempo. Si además tenemos en cuenta que la generación que en este momento accede al voto es cuantitativamente mayor que la que la sigue, porque la inversión de la tasa de natalidad ocurre en los jóvenes que en estos momentos tienen catorce años y menos, la perdurabilidad de esa inercia de voto aumenta considerablemente.

Al lado de este voto que con certeza se nos niega, hay otro que muchos no dudan en llamar «cautivo». Y le dan este nombre, sin duda, para menospreciarlo. Es el voto de la gente mayor. Téngase en cuenta que, tanto en el caso de los jóvenes como de los mayores, hablamos del espectro del voto mayoritario, no del total de voto. El voto de los mayores no es cautivo, es seguro. Nuestros mayores en gran parte son ciudadanos que vivieron la dictadura sin rechistar, pero eso no quiere decir que no vieran o que no juzgaran. El voto de la edad avanzada es firme porque es el de ciudadanos que sólo muy tarde pudieron comenzar a serlo y no se fían ni se fiarán de quienes les hicieron vivir en esa condición de súbditos mudos. Su característica es la memoria, y su disgusto la impotencia que sienten para transmitirla. Tan firme es ese apoyo que entre ellos la desconfianza en la derecha haría que siguieran apoyando al partido socialista aunque a la clara luz del día se dieran casos de verdaderas tropelías. Tropelías, dicen, han visto muchas y están curados de espanto. Su posición ha mejorado sensiblemente y quieren ante todo garantizar los

***El voto de la edad avanzada
es firme porque es el de los ciudadanos
que sólo muy tarde pudieron
comenzar a serlo.***

avances personales que tan dificultosamente obtuvieron. Ahora tienen derechos en vez de favores y les gusta positivamente que esto sea así.

En los estratos intermedios de edad las posiciones se apartan algo de lo que eran, siendo determinante el voto urbano y dentro de él el de las clases medias urbanas. La búsqueda de estatus y respetabilidad, en un país bastante yermo de civilidad, suele aproximar a la derecha. Y el esnobismo a alternativas marginales de izquierda. Nada de extraño tiene que los oponentes políticos del PSOE no duden ya en calificarnos de representantes de viejos, rurales e incultos. No es de preocupar, hablan más de ellos que de nosotros. No es ningún desdoro, sino una honra, representar y articular la alianza de los débiles, frágiles y de quienes comprometen su aliento ético con una mayoría laica y civil. Porque bueno estaría que la ética estuviera representada por una derecha sin ideología conocida, o directamente por el fundamentalismo religioso.

La derecha sin ideología

En verdad la derecha española ni siquiera aplica al completo la parca receta retórico-económico-liberal con que suele la derecha normal alcanzar el éxito. Se deja llevar por el predicho conglomerado pasional al que esporádicamente anima más bien con onomatopeyas e interjecciones que con un discurso ordenado y contrastado por su propia tradición. Aparece como ausente y yerma de ideología, titubeando entre un azañismo imposible (porque no tienen puente real de personas históricas inter-

***La derecha tiene casi como
único rasgo en común un cierto
españolismo nunca exento
de riesgos anticonstitucionales.***

medias para efectuar ese engarce con el pasado), que no pasa de círculos minúsculos, y soplos de aire de las cavernas relativamente dosificados. Algunos incluso, más creativos y algo anómicos, toman tractos enteros del discurso de izquierda, del liberalismo en las costumbres, por ejemplo, para dar cimiento a una figura que se va perfilando en el horizonte macrocultural: el *progre* de derechas, que acabará disputando por el mismo territorio con los herederos de Donoso Cortés que no tardaremos en ver surgir.

Al lado de esa farándula que toma indistintamente terminología e ideas de cualquier parte, y lo hace como forma de ocultar u obviar su tradicionalismo, la derecha presente en este momento en España tiene en verdad casi como único rasgo común un cierto españolismo nunca exento de riesgos anticonstitucionales.

Pero para nuestra derecha su anomia o su falta de discurso no es un problema: eso suele ser un problema para la izquierda. A su conglomerado pasional le basta con las invocaciones rituales al muro de Berlín, al caos, a la corrupción, la ineficacia y demás resortes y apostillas de tertulianos dotados de habilidad para el manejo de grandes adjetivos y mensajes jupiterinos. Este ritmo termina sistemáticamente con el «que se vayan, se vayan, se vayan» que es lo único que verdaderamente refleja la fuerte voluntad ahí implicada. Sostengo que en este estado pasional magmático no podrá permanecer mucho tiempo. A medida que alcance esferas de poder político público, la derecha habrá de validarse por el futuro, la eficacia, o ambos. Tendrá que afinar. Y cuando lo haga la unidad del precipitado comenzará a fragilizarse. Necesariamente acabarán cayendo en los peligros del discurso de la gestión, peligros que los socialistas conocemos bien tras más de una década de gestión eficaz.

Esto es necesariamente así porque cualquier discurso gubernamental debe evitar la demostración inmediata de partido, de parcia-

***Nuestra derecha
no produce confianza,
y esto la distingue
de la derecha europea.***

lidad, de facción. Refiere a la totalidad a la que damos el nombre de bien común. Si así lo hace sobrevuela y ha de mostrar las decisiones como parte de una cadena causal cuya última validación es la eficacia, es decir, una combinación de hechos y ahorro, puesto que toda democracia es ahorrativa cuando no cicatera. Por lo mismo puede convertirse en un grave autoagobio: nunca hay bastante eficacia o, dicho en otros términos, siempre se puede pedir más. En ese momento el discurso y la acción se hacen esclavos de una demanda que siempre puede poner el listón más alto: se abocan al fracaso. De hecho, y desde el valor de la igualdad, que es nuestro caso, nunca han sido desalojados gobiernos ineficaces, véanse los socialismos que se llamaron reales, sino sólo los eficaces.

Sabemos por propia y reciente experiencia que no pudimos presentarnos a las últimas convocatorias electorales arropados con el único bagaje de la gestión y la eficacia, y eso que las teníamos. Ahora se nos pasará la eficacia continuamente por la cara... hasta que el fracaso sea tan patente que no queden arrestos para hacerlo. Resumiendo, ésta puede acabar siendo la arena en que toque argüir. Sin reforma moral, se nos acusará de palabrería. Y todo ello envuelto en retórica populista. Todo ello hasta que precisamente logren estabilizar una ideología conservadora contrastada.

En tanto no sea así, difícilmente la derecha española, excesivamente cohesionada y ágrafa, la derecha operante y manifiesta como élite política, dejará de dar la impresión de ser la

fila delantera de algo otro que pretenda recuperar el control del Estado. Y la posición de izquierda y derecha no es en este asunto homóloga. Mientras que la capacidad de decisión de la izquierda está mediatizada por las instancias organizacionales de su misma base –partido o sindicatos– que imponen limitaciones a su voluntad, la derecha tiene secularmente el riesgo de ser en su presentación política voluntad aparente: títeres, por avinagrados que se presenten, de la capacidad individual de presión de grupos informales y poderosos. Y eso inquieta indistintamente a otros poderosos y a bastantes acobardados. Cuando hay demasiada ambición y excesiva ruptura generacional presente en la vida pública, una idea tan conservadora como la de jerarquía natural peligra. De ahí que las posiciones conservadoras y las posiciones de la derecha nunca sean exactamente las mismas. La derecha es potencialmente destructora del orden. Los conservadores encontrarán deplorable y peligroso ese aspecto. En efecto, podemos comprobar que nuestra derecha no produce confianza y esto la distingue de la derecha europea contrastada. Pero, a pesar de ello, el precipitado pasional sobre el que avanza le dará durante un tiempo el número de votos que le permitan acceder a grandes esferas de gobierno.

Si, para cuando este conglomerado comience a fragilizarse, el partido socialista ha sido capaz de acumular y estabilizar el capital humano, eficaz, experto, razonable y solvente (y aquí es donde la perspectiva *emic* puede ser importante afinando los modos de reclutamiento y adhesión), no hay duda de que los espacios de gestión se recuperarán uno a uno con tranquilidad. Mientras ello sucede tenemos un reto aún más dificultoso: que la pérdida efectiva de poder de gestión no se convierta en pérdida de influencia social y civil. El porvenir de la izquierda española depende exclusivamente de nosotros y no podemos poner en peligro la herencia y la esperanza de civilidad de la propia cultura política española.